

## TÉNEKY NGIGUA: DOS LENGUAS MEXICANAS EN AGONÍA

Eva Grosser Lerner<sup>1</sup>



Quítale a todo un pueblo en la cantina, desnúdalo,  
después, límpale la boca, y sigue siendo todavía libre.

Quítale el trabajo, el pasaporte,  
la mesa donde come, la cama donde duerme,  
y es aún rico.

Un pueblo se vuelve pobre y esclavo  
cuando le roban la lengua recibida de sus padres  
y esta se pierde para siempre.

Se vuelve pobre y esclavo  
cuando las palabras ya no paren palabras  
y se comen entre sí.<sup>2</sup>

Niños - tigre, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

Mis experiencias de investigación y trabajo de campo en el estudio de dos idiomas mexicanos: el *tének*, de la Huasteca potosina, y el *ngigua*, de la Mixteca Alta oaxaqueña<sup>3</sup> me han inducido a reflexionar en las diversas causas y consecuencias de la conservación o el desplazamiento del uso de la lengua indígena en una y otra comunidad, así como a considerar, desde un enfoque tanto sincrónico como diacrónico, las diferentes actividades y actitudes de los hablantes y de sus cuadros intelectuales respecto de la cuestión.

La circunstancia de haber transcurrido periodos más o menos prolongados sin visitar las comunidades investigadas me facilitó, al volver a ellas al cabo de algunos años, apreciar con mayor claridad diferencias y contrastes que se desarrollaron en el tiempo y arrojan una luz esclarecedora acerca de los procesos de transformación relativos tanto al uso o al abandono de las respectivas lenguas originarias así como a otros rasgos culturales.

Las presentes consideraciones no pretenden ser exhaustivas ni agotar el análisis de una problemá-

<sup>1</sup> Dirección de Lingüística.

<sup>2</sup> Anónimo siciliano. Traducción Eduardo Molina y Vedia y Marinella Miano. Comunicación personal de Francesca Gargallo (1989).

<sup>3</sup> "En las últimas décadas, y como resultado del desarrollo de la conciencia étnica y lingüística de los pueblos amerindios, alentado por las corrientes del indigenismo moderno, se ha venido cuestionando la glotonimia tradicional de las lenguas aborígenes, sobre todo allí donde, en virtud de su designación, por lo general acuñada por el conquistador o colonizador, resultaba arbitraria y hasta insultante [...] La nueva nomenclatura glotonímica, de naturaleza reivindicatoria [...] la vienen divulgando [los propios pueblos]." Véase Rodolfo Cerrón-Palomino, "Quechuística y aimarástica: una propuesta terminológica", en *Signo & Seña*, núm. 3, Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, marzo de 1994: 21.

tica tan extremadamente compleja, en la que intervienen aspectos históricos, políticos, jurídicos, sociales y de idiosincrasia. Sólo expondré algunas ideas acerca de las condiciones materiales que pude observar en diversos momentos de contacto con las comunidades mencionadas y que, sin duda, inciden en la conservación o en el desplazamiento del uso de la lengua materna, así como en otros variados aspectos de la vida social.

El *tének* o huasteco es una lengua de la familia lingüística maya, mayance o mayence (según sus diversas denominaciones), que se distribuía y aún subsiste a todo lo largo de la costa del Golfo de México y el norte de Centroamérica. En épocas históricas hubo una incursión de culturas mixe-zoques, hablantes de lenguas protonahuas, que interrumpió dicha continuidad quedando los *tének* (*inik*) al norte y las demás culturas mayances (*winik*) al sur, en un territorio que abarca asimismo Guatemala y parte de Honduras.

La lengua *ngigua*, chocho o chocholteca pertenece a la familia lingüística otomange, así denominada por ser el otomí y el mangueño (extinguido hace ya más de un siglo) las lenguas que delimitan por los extremos geográficos el área de sus hablantes. Integran esta familia lingüística el chocho, el popoloca (que aún se habla en el sur de Puebla), el mazateco y el ixcateco, idiomas todos ellos en diversos grados de sus avanzados procesos de extinción.

#### Importancia de las condiciones específicas

El desarrollo de las luchas por el reconocimiento de los derechos y las culturas de los pueblos indígenas y su carácter dialécticamente contradictorio con la internacionalización capitalista de la sociedad y la economía mundial, cuyas expresiones más notorias en nuestra área fueron los interrumpidos procesos revolucionarios centroamericanos en el pasado reciente y el movimiento zapatista mexicano durante los últimos años, situaron esta temática en un primer plano de la actualidad política y social.

Ello no ha sido hasta hoy suficiente para superar los discursos y enfoques generalizadores sobre las variadas problemáticas y situaciones de las diversas comunidades, sustentados en la idea simplificadora de que la consideración de sus rasgos comunes, por su aparentemente intensa predominancia, haría en la práctica superfluo ocuparse de las condiciones específicas que se dan en cada una de ellas. En este tratamiento esquematizante de la cuestión indígena continúan incurriendo tanto gobernantes como funcionarios, políticos y periodistas, e incluso no pocos expertos en Antropología, Lingüística y otras ciencias sociales. Basten para confirmarlo el articulado y los fundamentos de la reciente ley sobre los derechos y las culturas indígenas sancionada por el Congreso mexicano, así como la mayor parte de los proyectos y las inter-



Tlacolorelos, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

venciones durante el debate nacional que se desarrolló en torno al tema.

Todo este tipo de documentos y testimonios suelen tratar la situación de tales comunidades de un modo global e indiferenciado, sin tomar en consideración las características peculiares y las condiciones específicas que identifican y distinguen entre sí a las diversas culturas. Mi experiencia en la investigación de dos lenguas en distinto grado de su proceso de extinción confirma que tanto las circunstancias prevalecientes como las perspectivas de su modificación y la actitud de los agentes en juego difieren de modo notable según los casos y aconsejan estrategias y tratamientos disímiles por parte de sus protagonistas.

El *tének*, también llamado huasteco, y el *ngigua*, más conocido como chocholteca, están al borde de la desaparición, pese a los esfuerzos por reactivarlos de un reducido sector de sus hablantes y de algunas instituciones indigenistas. Sin embargo, más allá de esta semejanza básica, su destino inmediato podría diferir como consecuencia de los distintos escenarios que presenta la lucha por su revitalización.



Niños - tigre, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

En ello incide, y tendrá consecuencias probablemente distintas, no sólo el número y las características de sus hablantes y de sus emergentes elites de intelectuales orgánicos, sino también la forma en que dichas lenguas se transmiten y se relacionan con las nuevas generaciones, así como las posibilidades ofrecidas por el contexto socioeconómico en que se hallan inmersas.

La piedra de toque de su posible supervivencia será, en ambos casos, no sólo su rescate, registro y conservación como testimonio lingüístico sino su refuncionalización.

Y ello es así porque las lenguas, que son manifestaciones y transmisoras de las diversas culturas, se extinguen cuando sus principales funciones —expresión, comunicación— han sido progresivamente remplazadas por otra lengua dominante, en nuestro caso el castellano.

Puesto que, en realidad, las que son dominantes o dominadas no son simple y exclusivamente las lenguas ni las culturas en sí, sino que es el destino histórico y socioeconómico de tales comunidades —en su conjunto— lo que se encuentra determinado por las situaciones que atraviesan como expresión de las relaciones de poder a nivel de la estructura social.

#### Lengua, identidad y autonomía

En cuanto al tema de mi especialidad y, en particular, al alcance y al futuro de las lenguas que investigué, es preciso señalar ante todo que —aunque pueden tentativamente cifrarse en algunos miles para el *ngigua* y en casi cien mil para el *tének*— re-

sulta muy difícil e incierto determinar con precisión su número de hablantes.

Se trata de una dificultad e incertidumbre generalizable al establecimiento de la cantidad de hablantes de otras lenguas indígenas. En primer lugar, debido a las limitaciones del criterio con que se realizan los censos; en segundo lugar, a causa de que muchas personas niegan hablar su lengua indígena materna por considerarlo, con razón o sin ella, un factor de discriminación. En cuanto a los censos, no existe un criterio riguroso —ni aun entre los lingüistas— acerca de qué se entiende por “hablar una lengua”. Las definiciones van desde poder decir o entender unas cuantas palabras hasta tener un amplio dominio de sus aspectos creativos, tanto en lo gramatical como en lo comunicacional. En los censos, la principal variable de ponderación, hasta el extremo de ser considerado el rasgo cultural más importante, es el uso o no de la lengua indígena. A mi juicio, este criterio es discutible o, al menos, sintetizable con otras consideraciones igualmente o más esenciales. Podría relatar numerosas anécdotas de personas que se consideran indígenas aunque no hablen ni entiendan la lengua de sus antepasados, así como de personas que, dominándola, ni son ni se sienten indígenas. En una alta proporción de casos existe una ancha franja gris que hace que la calidad de indígena termine considerándose en definitiva, de una manera que puede estimarse razonable, como una cuestión relativamente subjetiva.

Si antes del *tropezón de Colón*<sup>4</sup> en lo que hoy es territorio mexicano se hablaban más de 124 idio-

mas, ¿por qué hoy sólo se hablan unas 56 ó 62 lenguas, según los diversos criterios de clasificación? ¿Por qué las otras se han extinguido?

Una posible interpretación es que los pueblos que hoy conservan el uso de su lengua materna poseían, además de condiciones históricas y socioeconómicas menos desfavorables que los demás, una voluntad colectiva más firme de asumir el derecho a la existencia y de poner en juego los medios para defender ese derecho, ya sea de modo explícito y deliberado o implícitamente.

Su historia conocida, en el caso y en la medida que exista, es la historia de su sometimiento escrita por los vencedores. Pero si lo que se entiende por marginalidad es la no participación de los indígenas y una porción considerable de los mestizos en la estructura económica, política y educativa, la carencia de servicios, las diferencias culturales, el desempleo, la falta de manejo del idioma oficial predominante, entre otras características, recordemos que la fuerza de trabajo indígena (y mestiza) es la que produce la mayor parte de los alimentos que consumimos en los centros urbanos, la que construye puentes y carreteras, la que conforma una considerable proporción de la base de masas en las plantas fabriles y en la estructura política nacional a través de diversas organizaciones indigenistas, campesinas, sindicales, sociales y partidarias. La verdadera marginalidad es el despojo de tierras, el desempleo, la insalubridad, la desnutrición, la mortalidad infantil, el analfabetismo. De ahí que en muchos casos haya que leer las demandas de autonomía indígena no sólo como un reclamo de autogobierno sino también, a la vez, como una exigencia de integración al conjunto nacional.

#### Las conjeturas estadísticas

La escasa confiabilidad de nuestros censos se pone claramente de manifiesto al considerar que mientras el realizado en 1958 estimaba que había unos 3,000 hablantes de *ngigua* o chocho una década más tarde, en 1968, se sostenía que había sólo 1,000, y doce años después, en el Censo General de Población y Vivienda de 1980, se hace constar la cifra de 12,310. En el censo de 1990 se registró un leve incremento (12,553 hablantes mayores de cinco años). Pero resulta preciso aclarar que en los dos últimos casos (es decir, en los censos de 1980 y 1990) se consideró que el *ngigua* o chocho y el popoloca serían dos variantes dialectales de la misma lengua —como lo consideraba el maestro Manrique, quien participó en la conducción de esos releva-

mientos—; pero el tema es aún polémico y hasta hoy, en realidad, no han sido resueltos de un modo convincente los debates al respecto que se han desarrollado tanto en el ámbito académico como en encuentros de hablantes de ambas expresiones lingüísticas. Durante el año 1989, con motivo de la creación de un espacio radiofónico bilingüe *ngigua*-castellano —por XETLA, *La Voz de la Mixteca*, con sede en Tlaxiaco—, maestros bilingües de Santa María Nativitas estimaron una audiencia potencial de 3,246 hablantes.

En lo que se refiere al *tének*, el censo de 1980 registra para el estado de San Luis Potosí 1.423,882 habitantes, de los que sólo 13.5%, es decir 193,247 mayores de cinco años, hablaban alguna lengua indígena. De ellos, más de una cuarta parte (50,897) hablaban *tének*, distribuidos en 49 municipios de los 56 con que cuenta el Estado. El mismo censo señala que en 74 de los 203 municipios del estado de Veracruz sólo 47,584 personas hablaban *tének*, sobre un total de 634,298 hablantes de lenguas indígenas (13.6% del total de 4.652,572 habitantes). De modo que la cifra total para ese año de hablantes de *té-*



Personaje de la danza "la conquista", Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

<sup>4</sup> Expresivo comentario de nuestro querido maestro Leonardo Manrique Castañeda (†) refiriéndose al denominado "Descubrimiento de América" o "Encuentro de dos mundos".

nek, sumando ambos guarismos, era de 98,481. En términos generales se calcula en un 15% la población menor de cinco años que no está incluida en este tipo de cifras censales. Comparados los datos del censo de 1980 con los de una década anterior la cantidad de hablantes de *tének* se habría incrementado en términos absolutos y disminuido en términos relativos.

El II Censo de Población y Vivienda 2005 efectuado por el INEGI tampoco es, a mi modo de ver, demasiado confiable en cuanto a las cifras globales de hablantes de lengua indígena que registra.

#### Estructura social y supervivencia lingüística

Ciertas idealizaciones de tendencia indigenista conciben a los pueblos indígenas como estructuras socioeconómicas homogéneas. Pero en el seno de estos pueblos se reproducen algunas de las relaciones de intercambio desigual que caracterizan a la sociedad nacional en su conjunto, articuladas, en diferentes proporciones y modalidades, con otras desigualdades más remotas.

Por eso es que, al plantearme el interrogante acerca de las causas por las cuales algunos pueblos ostentan una tradición escrita y el uso de su lengua como un orgullo cultural y un motivo de prestigio mientras que otros no, me formulo la siguiente reflexión: en los grupos indígenas actualmente más diferenciados o estratificados en lo social y económico se dan —dentro del contexto del desarrollo capitalista— las condiciones para el surgimiento de una burguesía y una pequeño-burguesía local, es

decir, de indígenas propietarios de parcelas más extensas que requieren de la fuerza de trabajo de otros indígenas para levantar la cosecha y, en general, para las labores agrícolas, así como, en otros casos, de dueños de comercios de distinta magnitud. Se trata, en términos económicos, de un proceso capitalista de acumulación primaria.

En tales contextos se da una división social del trabajo que favorece el surgimiento de un sector intelectual en condiciones de reflexionar sobre su propia realidad. Ahora bien, ¿por qué en algunos grupos indígenas emerge una burguesía o una pequeña-burguesía y en otros no? Una explicación posible reside en las condiciones naturales del desarrollo económico desigual en cada región. Donde el clima, la calidad del suelo y por consiguiente la abundancia de recursos naturales permite la producción de excedentes para su venta o intercambio en los mercados nacional e internacional, se dan las premisas favorables para la acumulación primaria; si dichas condiciones están ausentes observamos grupos humanos en pobreza extrema.

Pero también es necesario considerar que si se integra a esta reflexión el criterio histórico,<sup>5</sup> aparece con evidencia que las macroetnias (nahuas, zapotecos, mixtecos, mayas, así como quechuas y aymaras en otras regiones del continente americano) son las herederas de civilizaciones que tuvieron en su pasado precolombino dos experiencias comunes fundamentalmente estrechamente vinculadas entre sí: 1) la presencia de una estructura social de clases y, por lo tanto, 2) la existencia de un aparato esta-



Niños - tigre peleando, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

tal con distintos grados de organización, cobertura y refinamiento administrativo, según los momentos y las zonas. Además, todas estas macroetnias se constituyeron como civilizaciones fundamentalmente agrarias, y es en el proceso de estructuración y reestructuración colonial que se los confinó como campesinado integrante de una formación económica que los engloba. En dichas comunidades existían élites dirigentes, intelectuales tradicionales, capas medias, trabajadores y otros pueblos tributarios, etc. Lo que importa destacar es que, en el caso de las macroetnias, la época Colonial y el desarrollo capitalista de las nuevas naciones independientes han producido una estratificación de clases en la cual son claramente identificables, por lo menos: un sector social mayoritario conformado por un campesinado de pequeños propietarios;<sup>5</sup> una pequeña burguesía incipiente de comerciantes, maestros artesanos y especialistas independientes y, por último, una burguesía media que, según los distintos casos, puede ser de origen antiguo, consolidada alrededor de la monopolización de la tierra o, tal vez, reciente y apoyada económicamente sobre el control de las actividades terciarias comerciales y de transporte, o bien ligada a las diversas burocracias del aparato estatal.

#### El caso del *ngigua*

Entre los chocholtecos o *ngigua* la estratificación social presenta un carácter poco consolidado o se encuentra apenas perfilada o en surgimiento. En la zona que trabajé más del 90% de la superficie de la tierra no es adecuada para la agricultura, pues está situada en una región montañosa con profundas barrancas o de monte alto; una pequeña parte es de temporal y una ínfima parte de riego. A esto hay que agregarle la erosión, la deforestación, heladas, sequías y granizadas, propias de su clima semiárido. Las principales actividades económicas son la cría de chivos, borregos y aves de corral, así como la agricultura de autoconsumo (trigo, maíz, frijol, haba, calabacita y algunos árboles frutales como durazno y capulín), además del pequeño comercio (principalmente para la venta de refrescos embotellados, cerveza, mezcal y botanas-chatarra) y el tejido y la venta de sombreros de palma o de fibra sintética.

Si establecemos tres franjas generacionales se observa que en la generación intermedia, la que va de los 25 a los 45 años, algunos pocos habitantes hablan el idioma de sus antepasados y un alto porcentaje no lo habla, o bien lo entiende pero no lo

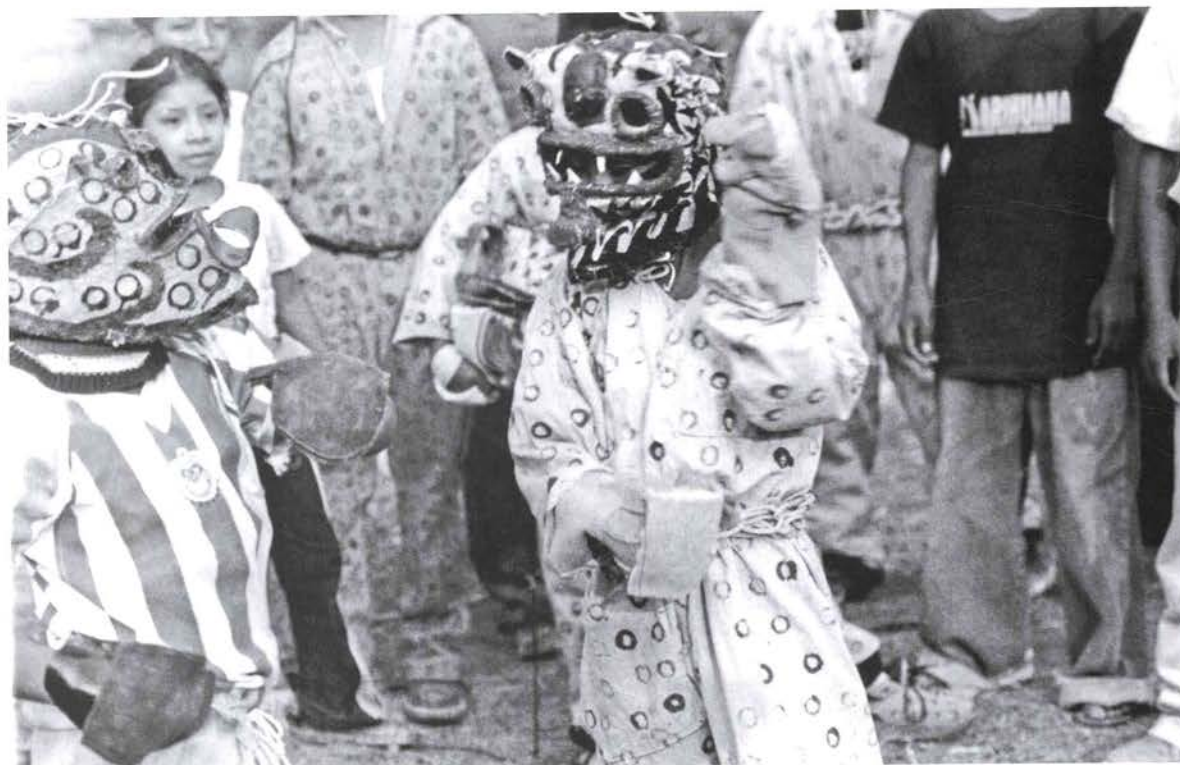


Bebé vestido de tigre, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

habla. Los menores de 25 años no lo hablan ni lo entienden. Sólo unos cuantos ancianos conservan una conciencia de la ruptura cultural que representa la atrofia del uso de la lengua; se convierten en “recordantes”, en testigos de su pasado, aunque hayan perdido la función de transmisores plenos de un universo colectivo. La ausencia de destinatarios —niños y jóvenes que entendieran o hablaran el *ngigua*— produjo una pérdida paulatina y finalmente una extinción de la memoria, fenómeno potenciado por una baja autoestima de su lengua y de su cultura. No hay contextos de uso, por lo que los ancianos se convierten en protagonistas y autores de su propia conciencia cultural. Dentro de la zona chocholteca-*ngigua*, en las escuelas del sistema educativo indígena ya no se enseña la lengua materna a los niños, quienes tampoco reciben ese legado por parte de su madre. Apenas en los últimos años surgió el interés de algunos maestros pertenecientes a instituciones gubernamentales —como la Dirección General de Culturas Populares-SEP en Huajuapán de León, el Centro Coordinador Indigenista con sede en Nochixtlán, dependencia de la Comisión Nacional para la Atención de los Pueblos Indígenas-CN-DI (antes Instituto Nacional Indigenista-INI) y, más recientemente, el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas-INALI— por implementar programas de lectoescritura en *ngigua* o chocholteco. Pero hasta ahora los resultados han sido bastante precarios, debido a la escasa preparación de los instructores, al desinterés de los niños y a la alta fragmentación dialectal que se aprecia en la región, resultado precisamente del avanzado grado de extinción en que se halla la lengua y que dificulta la estandarización de un alfabeto.

<sup>5</sup> Véase Stéfano Varese, “¿Estrategia étnica o estrategia de clase?”, *Indianidad y descolonización en América Latina*, Nueva Imagen, México, 1979: 363 y ss.

<sup>6</sup> Desde el punto de vista de la conciencia social, en este caso importa relativamente poco el tamaño de sus parcelas.



Niños - tigre peleando, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

A principios de 1990 los chocholtecos obtuvieron una hora diaria de transmisión a través de “La Voz de la Mixteca”, una de las 27 radioemisoras bilingües auspiciadas por el todavía conocido como INI, profundamente arraigadas en centenares de comunidades indígenas. Esa radio transmitía hasta entonces programas bilingües español-mixteco y español-triqui. La inclusión de un espacio dirigido a los chocholtecos, al promover el uso de la lengua oral, generó un verdadero renacimiento del interés de niños y jóvenes por sus raíces culturales, y muy especialmente en la población analfabeta. En diciembre de 1991 este proyecto obtuvo incluso el apoyo de recursos económicos por parte de los Fondos de Solidaridad para la Promoción del Patrimonio Cultural de los Pueblos Indígenas de México, que entregó el gobierno federal a través del INI. Pero hacia mediados de 1996 tales programas bilingües en español y *ngigua* se habían interrumpido por diversos problemas prácticos —carencia de recursos técnicos, económicos y humanos—, aunque sigue habiendo intenciones de reanudarlos. Sin embargo, es preciso estar conscientes de que emisiones radiofónicas como éstas, programas de enseñanza de la lengua o eventuales publicaciones impresas, no son suficientes por sí solas para salvar un idioma cuya subsistencia depende sustancialmente de la recuperación de todas sus principales funciones.

#### Los signos vitales del *tének*

Distinto es el panorama que pude observar en la Huasteca potosina. En la cabecera distrital, Tancahuitz de Santos, funciona una Unidad de Radio

Bilingüe Español-*Tének* desde hace más de veinte años, además de espacios de una hora que se transmiten los domingos por tres emisoras comerciales: una de Ciudad Valles, otra de la ciudad de San Luis Potosí, capital del estado homónimo, y la otra de Tampico, Tamaulipas. Hace algún tiempo se invitó a los niños de la región a que escribieran cuentos y leyendas para motivarlos a utilizar y desarrollar su dominio de la lengua *tének*. Se recibieron 60 relatos, pese a que no se ofreció otro estímulo que la satisfacción de que se difundiera por radio. Posteriormente, se consideró que esas narraciones también podían ser útiles para apoyar la enseñanza de la lectura y la escritura en lengua *tének* dentro de las escuelas del sistema educativo bilingüe. Este proyecto sigue aún vigente.

Hasta no hace muchos años, la escuela rural se había convertido en una experiencia ingrata y hasta cruel para el alumno indígena, porque lo incapacitaba para ejercer su derecho a la lengua materna y no le aportaba siquiera conocimientos plenos en castellano, la lengua nacional ampliamente predominante. El uso de su propia lengua por parte de los alumnos indígenas llegó a ser penado con castigos corporales en los años 40 del siglo veinte, época de la llamada “alfabetización directa” o “integracionista”. Afortunadamente, los tiempos parecen haber cambiado de modo favorable y los nuevos intelectuales orgánicos de las diversas comunidades *tének* han tomado en sus manos la tarea de que su población se apropie del lenguaje como una herramienta para expresar sus ideas y sentimientos, buscando a la vez la armonía, la belleza, la cadencia y

el ritmo de las palabras adecuadas. No sin vencer enormes dificultades de toda índole, y gracias a su perseverancia y suma de esfuerzos y voluntades, un grupo de maestros organizados en el Comité de Desarrollo Cultural de la Etnia Tének publicó, en 1999, un diccionario escolar con más de dos mil entradas. Pero además los *tének* lograron poner en práctica por primera vez una política de autogestión, ya que muchos de los gastos que se originaron fueron cubiertos por los propios participantes, mediante aportaciones voluntarias o bien organizando eventos y actividades para recaudar fondos y financiar de ese modo el proyecto.

En la Huasteca potosina la mayoría de las mujeres y los niños son monolingües en *tének* y los hombres son bilingües incipientes y apenas pueden producir enunciados significativos en español. Por otra parte, en razón de que “ya se acabó la tierra por repartir”, los hijos más jóvenes de muchas familias emigran, ya sea en busca de fuentes de trabajo o porque encuentran condiciones favorables para proseguir sus estudios.

Estos jóvenes son los que han ido adquiriendo cada vez mayor peso social y conforman la nueva intelectualidad indígena. Forman parte de ella los maestros preparados en las escuelas misioneras católicas o evangélicas o en otras instituciones análogas, así como en diversos organismos y grupos indigenistas, así como los técnicos agropecuarios, los licenciados, los pocos afortunados que llegan a obtener una carrera universitaria completa, los que concluyen el ciclo medio y los que terminan estudios de especialización no universitarias. Son también los hijos de familias cuyos padres gozan de una situación económica más desahogada, y por lo tanto pueden contratar peones y prescindir de la ayuda de los niños, los adolescentes y los jóvenes en las labores agrícolas o domésticas. Es así como lo superestructural o ideológico se revierte sobre el plano estructural y manifiesta sus efectos en lo que se refiere a la valoración positiva de la lengua y la cultura propias.

En la Huasteca potosina es evidente que la presión que ejerce el sistema educativo y los valores del conjunto de la sociedad nacional han generado una especie de resistencia pasiva, puesto que se han ido adoptando sólo algunos de los elementos lingüísticos y culturales del mundo hispanohablante; este proceso permite por el momento mantener vigentes algunos de los principales rasgos de identidad del grupo, preservando sobre todo los ámbitos doméstico y comunitario, con el que la escuela y otros factores mantienen sólo una relación tangencial.

#### La incógnita

Después de más de una década de no recorrer la zona, asistí recientemente a una boda en la Huasteca potosina. Observé muchos cambios. Entre unos

200 invitados, sólo dos mujeres portaban su indumentaria tradicional: el *pétob* o tocado de estambre de colores; el *dhayemlaab* o *quechquémitl*; el enredo de tela negra amarrada con listón, o con faja o ceñidor de manta; la *taleka* o morralito bordado a mano y la blusa de diseño original. Ya no hay que cargar pesadas cubetas de agua desde el pozo, porque hay una llave de agua en el predio. Llegó la electricidad y, con ella, la luz artificial, el refrigerador, la lavadora, la televisión, la computadora, con todo lo que ello implica, y también el teléfono. Las viviendas de material remplazaron a los jacales de adobe y palma con piso de tierra. Los niños desayunan cereal industrializado y “gansitos”. También observé una mayor presencia que hace diez años de la iglesia evangélica. La música dominante durante la boda era la que normalmente se difunde por los medios.

Sin embargo, la lengua que se oía entre los adultos o dirigiéndose a los niños y jóvenes, sigue siendo el *tének*. Habrá que estar atentos para verificar si esta percepción acerca de la vitalidad de la cultura *tének* se revela como consistente. El futuro es incierto.

#### Reflexiones finales

No es lo mismo ser una persona letrada y educada que ser una persona culta, es decir, insertada orgánicamente en la propia cultura. La primera puede ser instruida sin reconocer sus raíces históricas, sin estar vinculada ni solidarizada con los principios que rigen la vida y las esperanzas de los otros miembros.



Niño tigre da la ronda en el Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.



bros de su comunidad. Alguien que ha pasado por el proceso de educación formal puede ser totalmente aculturado, puede haber perdido toda capacidad de situarse frente a su pasado colectivo, de asumirlo como propio, de comprender el proyecto (implícito o explícito) de su pueblo, de compartir críticamente el conjunto de conocimientos y valores históricamente acumulados por sus mayores.

Mientras el tema indígena se considere siempre “desde afuera” (o “hacia fuera”) y como un “problema” y, por lo tanto, se trate indiscriminadamente, en bloque, como un bulto que estorba y del que hay que desprenderse lo antes posible y de cualquier modo, no se van a resolver ni procesar de un modo superador los conflictos principales o los derivados. Esto tiene que ver tanto con los planes que se apliquen o se generen en las diversas comunidades como con el papel que se les asigne a sus élites intelectuales, o bien que éstas alcancen a asumir bajo su propia y autónoma voluntad y responsabilidad.

Como hemos visto, se trata para los dos casos, el del *ngigua* y el del *tének* —con las claras y conside-

rables diferencias aquí señaladas sobre sus distintos grados en los respectivos procesos de extinción— no sólo de un problema de carácter lingüístico sino del destino mismo de ambas culturas indígenas.

Conservar o revitalizar una lengua no es una reivindicación más entre muchas otras que se pueden plantear, sino que hace a la esencia misma de la identidad cultural.

Porque “cada lengua es una cosmovisión heredada, construida por generaciones y generaciones de hablantes, y lo que cada palabra en una lengua arrastra, calla y dice y vuelve a callar, está unido a una constelación de silencios y decires de todas las palabras de una lengua”.<sup>7</sup>

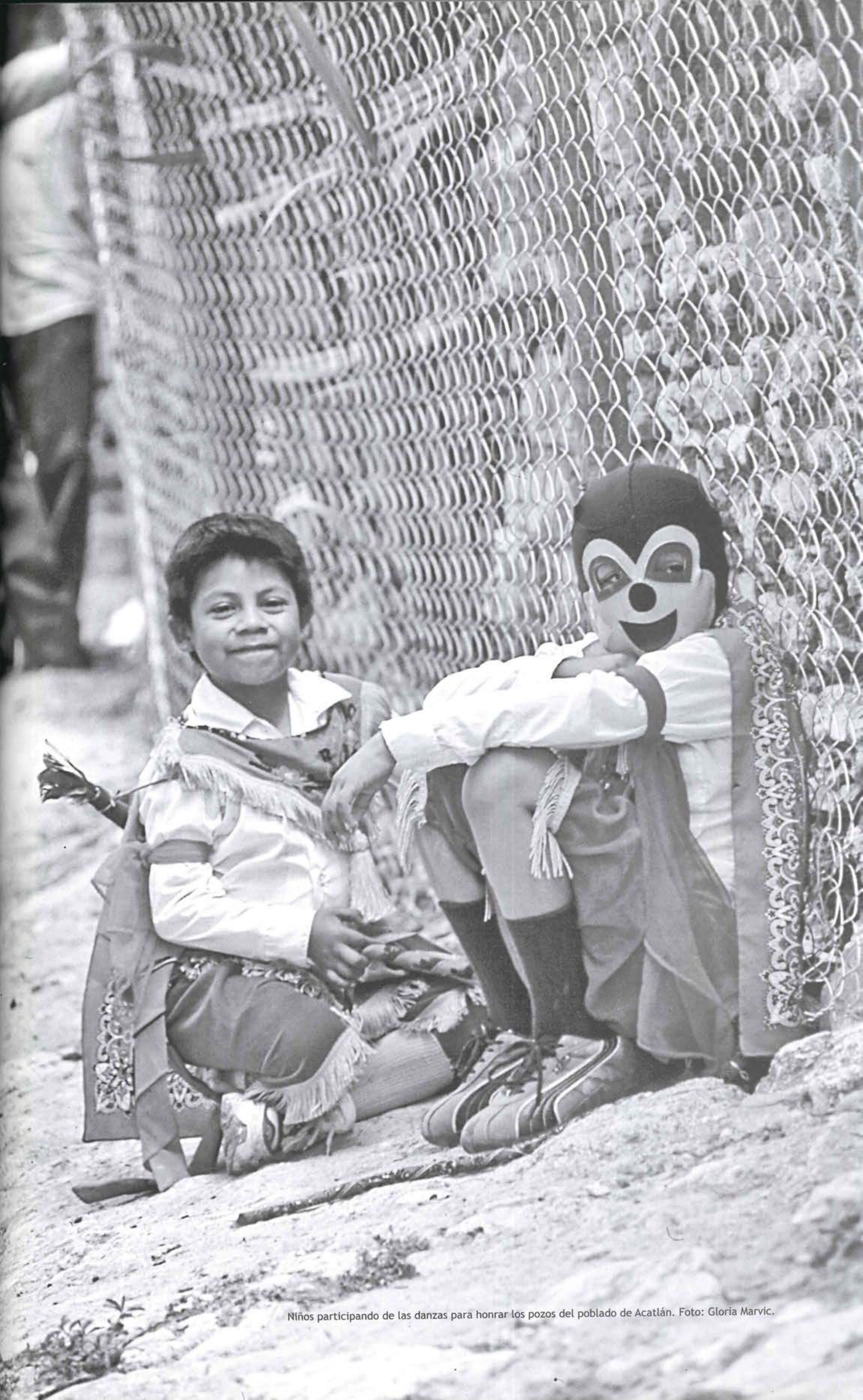
De ahí que la conservación del idioma propio equivalga a preservar las posibilidades de desarrollo de un pensamiento y una concepción del mundo enraizada en la historia, las tradiciones y las costumbres de cada comunidad.

Nada menos que eso es lo que está en juego en las realidades sociolingüísticas cuya síntesis acabamos de intentar.

<sup>7</sup> Juan Gelman, 1998.



Niños-tigre peleando, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.



Niños participando de las danzas para honrar los pozos del poblado de Acatlán. Foto: Gloria Marvic.